

tes en la provincia de Murcia. (1) Sea de esto lo quiera, Ibn-Khattab era tan generoso como rico. Durante trece dias consecutivos, (2) no solo costeó á Almanzor con su comitiva, sino á todo el ejército desde los visires hasta el último soldado. Cuidó de que la mesa del ministro estuviera siempre suntuosamente servida; jamás le presentó por segunda vez manjares que ya hubiera comido, ni vajilla que ya hubiera usado, y llevó su prodigalidad hasta ofrecerle un baño preparado con agua de rosas. Por acostumbrado al lujo que estuviera Almanzor, quedó asombrado del que desplegaba su huésped. Así que no cesaba de elogiarlo y queriendo darle una prueba de su reconocimiento, lo declaró exento de una parte de la contribucion territorial, ordenando además á los magistrados encargados de la administracion de la provincia que le tuvieran las mayores consi-

(1) En tiempo de Ibn-al-Abbar, es decir en el siglo XIII, los Beni-Khattab se suponían árabes, pero sus antepasados del siglo X, no pensaban si quiera en darse semejante origen.

(2) Ibn-abi-*l*-Faiyadh dice: durante veintitres dias. Yo he seguido á Ibn-Haiyan.

deraciones y que se conformaran en todo lo posible á sus deseos. (1)

Dejando á Murcia, Almanzor continuó su marcha á Cataluña y despues de haber baido al conde Borrel, (2) llegó el miércoles, primero de Julio, delante de Barcelona, y el lunes siguiente la tomó por asalto. (3) La mayor parte de los soldados y de los habitantes fueron pasados á cuchillo, los demás reducidos á servidumbre; la ciudad, saqueada y quemada. (4)

Apenas de vuelta de esta campaña la vigésima tercia (5) que había hecho Almanzor, siempre infatigable y siempre ávido de

(1) Ibn-al-Abbar, p. 251-253.

(2) Ibn-al-Khatib, man. L. fól. 180 v.

(3) Segun Ibn-al Khatib, Barcelona fué tomada «el lunes en mitad de Zafar del año 375.» Este día corresponde al 6 de Julio de 985. Los documentos árabes no dejan duda alguna sobre el año de la toma de Barcelona, y están enteramente de acuerdo con los latinos citados por Bofarull. Este sabio que pretende que la toma de Barcelona se verificó un año más tarde, no ha reparado que su opinion está contradicha por los datos mismos en que trata de apoyarla. La fecha, «Kalendarum Iutili, feria quarta» en que dos documentos fijan el principio del sitio, enteramente esacta para el año 985, no lo es para el año siguiente.

(4) Bofarull, «Condes de Barcelona,» t. I. págs. 163, 164.

(5) Ibn-al-Abbar, p. 251. Almanzor había hecho muchas campañas contra el Conde de Castilla, y contra el de Navarra, de que no conservamos detalles.

nuevas conquistas, fijó su atención en la Mauritania.

Durante muchos años, había estado este país en poder de Bologguin, virey de Ifriquia, pero desde los últimos años del reinado de este príncipe, y sobre todo después de su muerte (acaecida en Mayo de 984) (1) el partido omeya había comenzado á levantar la cabeza. Muchas ciudades, tales como Fez y Sidjilmesa, habían sacudido ya el yugo de los Fatimitas, cuando un príncipe africano que estaba ya casi olvidado, reapareció en la escena, el Edrisita Ibn-Kenum. En tiempos de Haquem II, Ibn-Kenum, como ya hemos referido, tuvo que entregarse á Galib, y habiéndolo traído á Córdoba, permaneció allí hasta que Mozhafí lo envió á Túnez, después de haberle hecho prometer no volver á la Mauritania. Pero Ibn-Kenum no tenía intención de cumplir su promesa. Habiéndose presentado en la corte del Califa Fatimita, asedió á este príncipe durante diez años, suplicándole que lo restableciera. Y habiendo obtenido al fin tropa y dinero, había vuelto á su país

(1) Ibn-Adhari, t. I, p. 248.

natal, y como había comprado el apoyo de muchos jeques berberiscos, se hallaba ahora en camino de enseñorearse de él. Esto es lo que quería impedir Almanzor, y para lo que tomó al efecto las medidas necesarias. Envió á Mauritania gran número de tropas bajo el mando de su primo hermano Askeledja. (1) La guerra no fué de larga duración: demasiado débil para resistir á sus enemigos, Ibn-Kennum se entregó despues de haber obtenido de Askeledja la promesa de que sería respetada su vida, y de que podría habitar en Córdoba como ántes.

Semejante promesa hecha á un hombre muy ambicioso y muy péfido, era seguramente una imprudencia, y puede preguntarse si Askeledja estaba autorizado á hacerla. Los cronistas árabes nos dejan en duda respecto á este particular, pero la conducta de Almanzor nos inclina á creer que Aske-

(1) Los autores que dicen que Almanzor envió además á África otro cuerpo de ejército mandado por su hijo Abdelmelic (Mudhaffar,) han confundido esta expedición con otra, (la dirigida contra Zirí,) de que hablaremos mas adelante. En la época de que se trata, Abdelmelic no tenía aun más de doce años; cf. Nowairí p. 473.)

ledja había traspasado sus poderes. El ministro declaró que el tratado era nulo, y haciendo traer á Ibn-Kennum á España, lo hizo decapitar de noche en el camino que vá de Algeciras á Córdoba, (Setiembre ú Octubre de 985.)

Aunque Ibn-Khennum hubiera sido un tirano cruel que tenía el bárbaro placer de precipitar sus prisioneros desde lo alto de la Roca de las Águilas, el modo con que fué muerto excitó sin embargo en su favor una simpatía que parece haber sido bastante general. Añádase á esto, que era un cherif, un descendiente del yerno del profeta. Atentar á la vida de un hombre semejante era un sacrilegio á los ojos de las masas ignorantes y supersticiosas. Aun los rudos soldados, que obedeciendo á las órdenes recibidas, lo habian muerto, lo juzgaban así, y una tormenta que sobrevino de pronto y que los tiró á tierra, les pareció un milagro, un castigo del cielo. Unos decian que Almanzor había cometido una impiedad, otros, que había hecho una perfidia, puesto que hubiera debido respetar como suya la palabra dada por su teniente. Esto se decía en voz alta apesar del temor que inspiraba el ministro y el des-

contento se manifestó de un modo tan palpable, que Almanzor no podía engañarse sobre la disposición de los ánimos, y comenzó á alarmarse sériamente. Júzguese cuál sería su cólera, cuando supo que Askeledja estaba mas indignado que nadie y que hasta delante de sus tropas se había atrevido á llamar pérfido á su primo. Audacia semejante exigía un castigo ejemplar. Así, que Almanzor se apresuró á enviar á su primo la órden de venir inmediatamente á España, le formó cáusa, y habiéndolo hecho condenar como reo de malversacion y de alta traicion lo mandó matar; (Octubre ó Noviembre de 985.) (1)

Entónces se redoblaron los clamores. Ahora se compadecian, no solo de la suerte del desgraciado cherif, sino de la de Askeledja, y se preguntaban, si nó había dado Almanzor una nueva prueba de su atróz política y de su menosprecio de todos los lazos, aun de los de la sangre, haciendo decapitar á su propio primo. Los parien-

(1) «Cartás,» p. 58, 59; Ibn-Khaldun, «Historia de los Berberiscos,» t. III, p. 219, 237; Ibn-Adhari, t. II, p. 301; Ibn-al-Abbar, p. 154.

tes de Ibn-Kennum, engañados en las esperanzas que habían concebido cuando este príncipe parecía estar á punto de conquistar toda la Mauritania, fomentaban el descontento todo lo que podían. Instruido de sus manejos, Almanzor los sentenció á todos al destierro. Entónces dejaron á España y la Mauritania, pero Ibrahim-ibn-Edris, uno de ellos, lanzó todavía antes de partir, un dardo contra el ministro, componiendo un largo poema que tuvo mucha boga y en el que se encontraban estos versos:

¡El destierro, he aquí siempre mi triste suerte! La desgracia me persigue sin cesar; es mi acreedor, el mismo día del vencimiento se me presenta.....

Lo que acaba de suceder me llena de estupor, nuestro infortunio es inmenso y casi imposible de remediar. Apenas puedo creer á mis ojos y casi estoy tentado de decir que me engaño. ¡Qué, existe todavía la familia de Omeya y sin embargo un jorobado (1) gobierna este vasto imperio! Hé ahí soldados que marchaban al rededor de un palanquin, en donde vá un mono rojo!..... Hijos de Omeya, vosotros que brillábais

(1). Es una calumnia segun los testimonios mas imparciales; Almanzor era un hombre muy hermoso.

antes como estrellas en medio de la noche ¿cómo es que ahora ya no se os vé? Antes érais leones, pero habeis dejado de serlo y hé ahí por qué ese zorro se ha hecho amo del poder. (1)

Zorroó no,—y como se vé, el apodo que ántes encontramos en un verso de Mozhafí, se había quedado,—estaba convencido Almanzor de la necesidad de hacer algo que en la opinion lo rehabilitara. Resolvió por consiguiente, agrandar la mezquita, que era demasiado pequeña para contener los habitantes de la capital y los innumerables soldados venidos de África. Debía comenzarse por expropiar á los dueños de las casas que ocupaban el terreno sobre que se iba á edificar y esta era una medida que para no hacerse odiosa pedía mucho tacto y delicadeza, pero Almanzor tenía para estas cosas una admirable habilidad. Mandaba presentársele á cada propietario (lo que ya era un gran honor) y le decía: «Amigo mío, tengo el proyecto de agrandar la mezquita, santo lugar en que dirigimos nuestras oraciones al cielo y quisiera comprar tu casa en interés de la comunidad

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 301, 302; Ibn-al-Abbár, p. 119; Maccari, t. I, p. 389.

musulmana y á costa del tesoro que está bien provisto, gracias á las riquezas que he arrebatado á los infieles; dime pues, lo que quieres por ella, no te quedes corto, dime francamente lo que quieres.» Y cuando su interlocutor decía una suma que creía exorbitante, exclamaba el ministro: «Eso es muy poco, tienes demasiada conciencia. Toma, yo te doy ahora, tanto.» Y no solo le ponía el dinero en la mano, sino que mandaba que le compráran otra. Topó sin embargo con una señora que rehusó durante mucho tiempo venderle la suya. Había en su jardín una hermosa palmera por la que tenía capricho y cuando ella consintió al fin en deshacerse de su casa, fué con la condicion de que se le había de comprar otra que tuviera tambien una palmera en el jardín. Esto era difícil de encontrar, pero en cuanto el ministro se informó de la petición de la señora, exclamó: «Pues bien le compraremos lo que desea aunque tengamos que vaciar todos las arcas del Erario.» Después de mucho trabajo se encontró al fin una casa tal como se deseaba y se compró á un precio exorbitante.

Tanta generosidad dió su fruto. Por quejas que se tuvieran contra el ministro no

podía negarse que hacía las cosas grande y noblemente y por otra parte, las personas devotas se veían obligados á confesar que el ensanche de la mezquita era una obra muy meritoria. Y todavía fué otra cosa, cuando habiendo comenzado los trabajos se vió sacar los escombros á una multitud de prisioneros cristianos con grillos en los piés. Entónces se dijo que jamás había brillado tanto el Islamismo y que nunca los infieles habían sido humillados á tal extremo. ¡Y luego, cuando se vió al mismo Almanzor, el señor omnipotente, el general mas grande del siglo, manejar para agradar á Dios, la espiocha, el palustre y la sierra como si hubiera sido un simple trabajador! Ante semejante espectáculo enmudecieron todos los ódios. (1)

Mientras que todavía se trabajaba en el ensanche de la mezquita, se renovó la guerra contra Leon. Las tropas musulmanas que habían quedado en el reino lo trataban como país conquistado y cuando Bermudo II se quejaba, no recibía de Alman-

(1) Maccari, t. I, p. 359, 360, l. 3, 20 y sig.; Ibn-Adhari, t. II, p. 307 y sig.

zor mas que respuestas altivas y desdeñosas. Perdió al cabo la paciencia y tomando una atrevida resolucion echó á los musulmanes. Almanzor se vió pues, obligado de hacerle conocer una vez mas la superioridad de sus armas, y en el fondo no le disgustó esta nueva guerra, porque con ella los vecinos de la capital, en lugar de hablar de cosas que en su opinion no eran de su competencia, preferirían entretenerse de nuevo con sus batallas, sus victorias y sus conquistas. Y tuvo buen cuidado de suministrarles materia para sus conversaciones.

Habiéndose apoderado de Coimbra en Junio de 987, arruinó la ciudad de tal modo que estuvo desierta siete años. (1) Al siguiente atravesó el Duero y entónces el ejército musulman se lanzó como un torrente en el reino de Leon, matando y destruyendo todo lo que encontraba al paso. Ciudades, castillos, conventos, iglesias, lugares, aldeas, nada se perdonó. (2) Bermudo se había metido en Zamora, (3) probablemente porque

(1) «Chron. Conimbricense,» I y IV.

(2) Véase la carta de la abadesa Flora. «Esp. Sagr.,» t. XXXVI n.º 14 y lo que cita Risco «Historia de Leon,» t. I, 228.

(3) Ibn-Khaldun en mis «Recherches,» t. I, página 107.

creía que esta ciudad sería la primera atacada, pero Almanzor le dejó de lado y se fué derecho á Leon. Ya una vez había estado á punto de tomarla, pero gracias á su buena ciudadela, á sus fuertes torres, á sus cuatro puertas de marmol y á sus murallas romanas que tenían mas de veinte piés de espesor, era muy fuerte y resistió por mucho tiempo los esfuerzos del enemigo. Al fin logró abrir una brecha cerca de la puerta occidental, cuando el gobernador de la plaza, el conde gallego Gonzalvo Gonzalez, se encontraba en cama á consecuencia de una grave dolencia. El peligro era estremo, así que el conde, enfermo y todo como estaba se hizo poner la armadura y llevar en litera á la brecha. Con su presencia y sus palabras reanimó el valor abatido de sus soldados que durante tres dias consiguieron todavía rechazar á los enemigos, pero al cuarto, los Musulmanes penetraban en la ciudad por la puerta meridional. Entónces comenzó una horrible carnicería. El mismo conde, cuyo heroismo hubiera debido inspirar respeto, fué muerto en su litera. Despues de matar, destruyeron. No se dejó piedra sobre piedra. Puertas, torres, murallas, ciudadela, todo

fué destruido hasta los cimientos. No se dejó enhiesta mas que una sola torre que se hallaba cerca de la puerta septentrional, y que era poco más ó menos de la misma altura que las otras. Almanzor había mandado perdonarla, quería que mostrara á las futuras generaciones, cuán fuerte había sido aquella ciudad que había hecho desaparecer de la faz de la tierra. (1)

Los Musulmanes retrogradaron enseguida hácia Zamora, y despues de haber quemado los soberbios conventos de San Pedro de Eslonza y de Sahagun, que se hallaban en su camino, (2) pusieron sitio á esta ciudad. Bermudo se mostró menos valeroso que su teniente de Leon. Escapó furtivamente, y cuando hubo partido, los habitantes rindieron la plaza que Almanzor mandó saquear. Casi todos los condes lo reconocieron entónces por soberano, y Bermudo no conservó más que los distritos

(1) Lucas de Tuy, p. 87. Consúltese en lo que concierne á la fecha y al nombre del gobernador, mis «Recherches,» t. I, pág. 198, 207.

(2) Carta latina citada por Risco, «Hist. de Leon,» t. I, p. 228 «Esp. Sagr.» t. XXXIV, p. 308.

de la costa. (1) De vuelta á Zahira despues de esta gloriosa campaña, tuvo Almanzor que ocuparse de asuntos gravísimos: descubrió que los grandes conspiraban contra él, y que su propio hijo Abdallah, jóven de veintidos años, era de los conjurados.

Bravo y distinguido caballero, no era sin embargo querido de su padre. Este tenía sus razones para creer que no era hijo suyo, pero esto lo ignoraba el jóven, y como se veia siempre postergado á su hermano Abdelmelic, que tenía seis años menos que él, y al que se creia muy superior en talento y en bravura, estaba ya grandemente descontento de su padre cuando llegó á Zaragoza, residencia del virey de la Frontera superior, Abderramen-ibn-Motarrif el Todjibita. El aire de esta córte le fué fatal. Su huésped era el jefe de una ilustre familia, en la cual había sido el vireinato hereditario durante un siglo, y como Almanzor había derribado sucesivamente á los hombres mas poderosos del imperio, temía

(1) Ibn-Khaldun en mis «Recherches.» t. I, p. 108.

con razon que siendo el último de los nobles que quedaba en pié, no cayera tambien á su vez, víctima de la ambicion del ministro. Tenía, pues, intenciones de adelantarse, y solo esperaba para sublevarse ocasion oportuna. Ahora creyó haberla encontrado; el jóven Abdallah le pareció un instrumento muy apropósito para realizar sus proyectos. Fomentó su disgusto, y poco á poco le inspiró la idea de rebelarse contra su padre. Resolvieron pues, levantarse en armas, en cuanto las circunstancias se lo permitieran, conviniendo entre sí, que si salian en la lucha vencedores, se dividirían á España, reinando Abdallah en el Mediodía y Abderramen en el Norte. Muchos altos funcionarios, tanto militares como civiles, entraron en esta conjuracion, y entre otros, el príncipe real Abdallah Piedra Seca, que era entónces gobernador de Toledo. Era un complot formidable, pero cuyas ramificaciones se estendian demasiado para que pudiera quedar oculto mucho tiempo al ojo vigilante del primer ministro. Rumores vagos, al principio, pero que poco á poco tomaron consistencia, llegaron á sus oidos, y en seguida tomó medidas eficaces para desbaratar los proyectos de sus

contrarios. Hizo venir á su hijo y le inspiró una mentida confianza, colmándolo de consideraciones y de pruebas de cariño. Llamó tambien á Abdallah Piedra Seca, y le quitó el gobierno de Toledo, pero lo hizo bajo un pretesto muy plausible, y de una manera cortés, de modo que al principio el príncipe no sospechó nada. Sin embargo, poco despues Almanzor le quitó su título de visir y le prohibió salir de su casa.

Habiendo reducido así á dos de los principales conspiradores á la impotencia, el ministro salió á campaña contra los castellanos, despues de enviar á los generales de la Frontera, órden de reunirse á él. Abderramen obedeció lo mismo que los demás. Entónces Almanzor escitó por bajo de cuerda á los soldados de Zaragoza á que se querellaran de él. Así lo hicieron, y habiéndolo acusado de haber retenido sus sueldos para apropiárselos Almanzor lo destituyó (8 de Junio de 989.) Sin embargo, como no quería malquistarse con toda la familia de los Beni-Hachim, nombró para el gobierno de la Frontera superior, al hijo de Abderramen, Yahya-Siemdja. Pocos dias despues hizo prender á Abderramen,

pero sin dejar conocer que sabía el complot pues mandó solamente, que se procediera á una informacion acerca del uso que Abderramen había hecho de las sumas que se le habian entregado para pagar las tropas.

Algún tiempo despues, Abdallah se reunió al ejército, cumpliendo la órden que había recibido. Almanzor trató de reconquistar su cariño á fuerza de bondad, pero fueron vanos todos sus esfuerzos. Abdallah había decidido romper definitivamente con su padre, y durante el sitio de San Esteban de Gormaz, abandonó en secreto el campamento, acompañado tan solo de seis de sus pajes, para buscar asilo cerca de Garci-Fernandez, conde de Castilla. Este le prometió su proteccion, y á pesar de las amenazas de Almanzor cumplió su palabra durante más de un año. Pero en este intervalo sufrió derrota tras derrota; fué batido en campo raso; en Agosto de 989 perdió á Osma, ciudad en la que Almanzor puso guarnicion musulmana; en Octubre le quitaron tambien á Alcoba (1) y

(1) Compárese con los «Anales Complutenses,» p. 311. En los «Anales Toledanos,» (p. 383) la fecha está equivocada.

á la postre se vió obligado á implorar la paz y entregar á Abdallah.

Una escolta castellana condujo al rebelde al campo de su padre. Iba montado en una mula magníficamente enjaezada, que le había regalado el conde, y como estaba convencido de que su padre lo había de perdonar, estaba tranquilo sobre su suerte. En el camino encontró á un destacamento musulman, mandado por Sad, quien despues de haberle besado la mano, le dijo que no tenía nada que temer, porque su padre consideraba lo que había hecho como una calaverada que era preciso perdonar á un muchacho. Habló así mientras que los castellanos estuvieron, pero en cuanto se alejaron y llegó la cabalgata á las orillas del Duero, Sad se quedó atrás y los soldados dijeron á Abdallah que echara pié á tierra y se preparase á morir. Por inesperadas que fueran estas palabras, no alteraron al valiente Amirida. Saltó prontamente de su mula, y con rostro sereno presentó sin pestañear la cabeza al golpe mortal, (9 de Setiembre de 990.) Antes que él había dejado de existir su cómplice Abderamen. Condenado por malversacion había sido decapitado en Zahira. Abdallah Pie-

dra Seca, consiguió evadirse y se puso bajo la proteccion de Bermudo. (1)

Almanzor sin embargo, no se contentó con haber deshecho este complot. No había perdonado el conde de Castilla el apoyo que había dado á Abdallah y en represalias indujo á Sancho, hijo del conde, á rebelarse á su vez contra su padre. Apoyado por la mayor parte de los grandes, Sancho tomó las armas en el año 994 (2) y entónces Almanzor que tambien se declaró por él, se apoderó de las fortalezas de San Esteban y de Clunia. Pero tenía prisa de acabar esta guerra. Su comitiva acostumbrada á pensar como él ó por lo ménos á hacer que pensaba, participaba de su impaciencia y la mejor manera de agradarle era decirle que segun toda probabilidad García no tardaría en sucumbir. El poeta Zaid, le presentó un dia, un siervo atado de una cuerda y le recitó un poema

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 303, 306; Ibn-al-Abbar en mis «Recherches,» t. I, p. 279 de la primera edicion; Ibn-Khaldun en la misma obra, t. I, p. 108 de la segunda edicion.

(2) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 24-27 de la primera edicion.

por lo demás bastante mediano, en que había estos versos:

Vuestro esclavo que habeis arrancado á la miseria, os trae este siervo. Le he puesto García y os lo traigo con una cuerda al cuello, esperando que mi pronóstico sea verdadero.

Por una singular casualidad, lo era: herido de un bote de lanza, García había sido hecho prisionero á orillas del Duero entre Alcocer y Langa, el mismo dia en que el poeta había presentado el siervo á su señor (lunes 25 de Mayo de 995.) Cinco dias despues espiró el conde á consecuencia de su herida y desde entónces no fué disputada la autoridad de Sancho, pero tuvo que pagar á los Musulmanes un tributo anual. (1)

En el Otoño del mismo año Almanzor marchó contra Bermudo, para castigarlo por haber albergado á otro conspirador. Es-

(1) Ab-al-wahid, p. 24, 25; Abulfeda, t. II, página 234; Maccari, t. II, p. 57; Ibn-Khaldun en mis «Recherches,» t. I, p. 108; «Chron. Burg.,» página 389; «Ann. Complut.,» p. 313; «Ann. Compost,» d. 320; «Ann. Toled.,» I, p. 384, En las crónicas que traen VIII kal. Januarii debe leerse Junii en lugar de Januarii.

te rey se hallaba en una situación deplorable. Había perdido hasta la sombra de autoridad. Los señores se apropiaban sus tierras, sus siervos; sus ganados, los echaban á suerte entre si y cuando se los reclamaba se burlaban de él. Simples hidalgos á quienes había confiado un castillo se rebelaban. (1) Á veces le hacían pasar por muerto, (2) y en verdad que importaba poco que lo estuviera ó no. Gran atrevimiento había sido el suyo cuando se atrevió á echar plantas contra Almanzor. ¿Qué podía contra el poderoso capitán? Nada absolutamente; así que bien pronto se arrepintió de su imprudencia. Habiendo perdido á Astorga, (3) donde había establecido su capital despues de la destrucción de Leon, pero que abandonó prudentemente al acercarse el enemigo, tomó el partido mas sensato: pidió la paz. Obtúvola á condición de entregar á Abdallah Piedra Seca, y de pagar un tributo anual. (4)

(1) Carta de 993, «Esp. Sagr.,» t. XIX, p. 382 y sig. y de 100 «ibid.,» t. XXVVI, n.º IV.

(2) Carta de 990 analizada en la «Esp. Sagr.,» t. XIX, p. 382 y sig.

(3) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 108, 109.

(4) Ibn-Khaldun en mis «Recherches,» t. I, página 108.

Después de haber quitado su capital á los Gomez, condes de Carrion (1) que á lo que parece, habían desconocido su autoridad, Almanzor se retiró llevando consigo al desventurado Abdallah, que le había sido entregado en el mes de Noviembre. (2) Como era de esperar, castigó cruelmente á este príncipe. Habiéndolo hecho poner cargado de cadenas en un camello, mandó pasearlo ignominiosamente por los calles de la capital, mientras que gritaba un pregonero que iba delante: «Hé aquí Abdallah, hijo de Abdalazis, que abandonó á los musulmanes para hacer cáusa comun con los enemigos de la religion!» Cuando oyó por primera vez estas palabras, el príncipe se indignó tanto, que exclamó: «¡Mientes, dí mas bien, hé aquí un hombre que ha huido impulsado por el miedo; ha ambicionado el imperio, pero no es un politeista ni un apóstata!» (3) Pero no tenía fuerza moral, no había comprendido que ántes de conspirar es preciso armarse de

(1) Ibn-Khaldun «ibid.» p, 110.

(2) Ibn-al-Abbar, p. 113.

(3) Ibn-al-Abbar en mis «Recherches,» t. I, página 280 de la primera edicion.

valor. Puesto en prision y temiendo no tardar en ser conducido al cadalso, mostró una cobardia indigna de su alto nacimiento y que forma singular contraste con la firmeza de que había dado pruebas su cómplice el hijo de Almanzor. En los versos que enviaba de continuo al ministro, confesaba que había hecho mal en huir, procuraba apaciguar su furia á fuerza de aduaciones, y le llamaba el más generoso de los hombres. «Nunca, decía, un desgraciado imploró en vano tu piedad: tus bondades y tus beneficios son innumerables como las gotas de la lluvia.»

Esta bajeza no le sirvió de nada. Almanzor perdonó su vida, porque lo despreciaba demasiado para hacerlo morir, pero lo dejó en la cárcel, y Abdallah, no recobró su libertad sino despues de la muerte del ministro. (1)

(1) Ibn-al-Abbar, p. 113, 114 y en mis «Recherches,» t. I, p. 279 de la primera edicion.

XI.

Reinando de hecho hacía veinte años, Almanzor quería también reinar de derecho. Era preciso estar ciego para no conocerlo, pues se le veía marchar hácia su fin, lenta, prudentemente, con paso mesurado, pero con una obstinacion que saltaba á la vista. En 991 hizo dimision de su título de hadjib ó primer ministro, en favor de su hijo Abdelmelic que apenas contaba entónces diez y ocho años, y se hizo que desde entóces se le llamara Almanzor á secas. (1) Al año siguiente ordenó que se

(1) Ibn-Adhari, t. p. 315.

que se pusiera á los documentos de cancillería su propio sello en lugar de el del monarca, y tomó el sobrenombre de Mowaiyad, que también llevaba el Califa. (1) En el año 996 declaró que la denominación de «Seyid» (señor), solo debía dársele á él, y tomó al mismo tiempo el título de «melic carim,» (noble rey.) (2)

Era ya rey, pero no era todavía Califa. ¿Qué era lo que le impedía serlo? Seguramente que no era á Hixem II á quien temía. Aunque este príncipe estuviera entonces en la flor de su edad, no había mostrado nunca la mas mínima energía, ni había tenido el menor asomo de querer sustraerse al yugo que le habían impuesto. No eran mas de temer los príncipes de la dinastía: Almanzor había hecho perecer á los más peligrosos, había desterrado á los que no lo eran tanto y reducido á los demás á un estado muy cercano á la miseria. (3) Creía que el ejército se había de oponer á sus designios? De ningún modo; compuesto en su

(1) «Cartás,» p. 73.

(2) Ib-Adhari, t. II, p. 316,

(3) Maccari, t, I, p. 389.

mayoría de berberiscos, de cristianos del Norte, de soldados que habían sido hechos prisioneros en su infancia (1), en una palabra, de aventureros de todo género; el ejército era suyo; hiciera lo que hiciera, había de obedecerlo ciegamente. ¿Qué temía, pues?

Temía á la nacion. Ella no conocía apenas á Hixem II; en la misma capital, pocos lo habían vislumbrado, porque cuando salía de su dorada cárcel para ir á alguna de sus casas de campo, (lo que además sucedía raras veces) iba rodeado de las mujeres de su serrallo y como ellas, enteramente cubierto con su gran albornóz, de modo, que no podía distinguirse de los demás y las calles porque tenía que pasar estaban siempre cubiertas de una hilera de soldados, por orden expresa del ministro; (2) y sin embargo lo amaban. ¿No era hijo del bueno y virtuoso Haquen II, nieto del glorioso Abderramen III y sobre todo, no era el monarca legítimo? Esta idea de la legitimidad había arraigado en todos los ánimos y era aun mucho más viva en el pueblo que en la no-

(1) Maccari, t. I, p. 393.

(2) Nowairi, p. 471.

bleza. Los nobles, en su mayor parte de origen árabe, acaso hubieran llegado á convencerse de que era útil y necesario un cambio de dinastía, pero el pueblo que era de origen español pensaba de otro modo. Como el sentimiento religioso, el amor á la dinastía formaba parte de su ser. Aunque Almanzor hubiera dado á su país una gloria y una prosperidad hasta entónces desconocidas, el pueblo no le perdonaba haber hecho del Califa una especie de prisionero de Estado y estaba pronto á levantarse en masa si el ministro se atrevía á intentar sentarse en el trono. Esto no lo ignoraba Almanzor, de ahí su prudencia, de ahí su vacilacion; pero creía que la opinion pública se modificaría poco á poco, se lisonjeaba en la esperanza de que se acabaría por olvidar enteramente al Califa para no pensar mas que en él y entónces el cambio de dinastía podría realizarse sin sacudimientos.

¡Bien hizo en haber dilatado su gran proyecto! Bien pronto pudo convencerse de que su elevada posición no pendía mas que de un hilo. Á despecho de todas sus conquistas y de toda su gloria, una muger llegó casi á derribarlo.

Esta muger era Aurora.

Ella lo había amado, pero la edad de los tiernos sentimientos había pasado para ambos; se habían desavenido, y como sucede muchas veces, el amor se había trocado en sus corazones, no en indiferencia, sino en ódio. Y Aurora no hacía nada á medias: rendida en el amor, era implacable en el resentimiento. Resolvió hacer caer á Almanzor, y para conseguirlo puso en conmocion todo el serrallo, hombres y mujeres. Habló á su hijo, le dijo que el honor le ordenaba mostrarse hombre, y romper al fin el yugo que un ministro tiránico había osado imponerle. Hizo un verdadero milagro: inspiró al más débil de los hombres una apariencia de voluntad y de energía. Pronto lo experimentó Almanzor. El Califa le trató, primero, con frialdad, luego se enardeció hasta dirigirle censuras. Queriendo conjurar la tormenta el ministro, alejó del serrallo á muchas personas peligrosas, pero como no podía hacer salir á la que era el alma del complot, esta medida no sirvió mas que para irritar más á su enemiga. Y la navarra era infatigable, ella mostró que tenía tambien como su antiguo amante, una voluntad de

hierro. Sus emisarios propalaban en todas partes que el Califa quería al fin reinar por sí mismo, y en los mismos instantes en que se formaban en Córdoba corrillos sediciosos; el virey de Mauritania Zirí-Ibn-Atia, desplegó el estandarte de la rebelion, declarando que no podía sufrir por mas tiempo que el soberano legitimo permaneciera cautivo de un ministro omnipotente.

Zirí era el único hombre que Almanzor temía, ó mas bien, el único á quien temió en su vida, pues de ordinario despreciaba demasiado á sus enemigos para temerlos. Este jeque semi-bárbaro, había conservado en los desiertos africanos el vigor, la espontaneidad y el orgullo de raza, que parecian propios de otra era, y Almanzor á pesar suyo, había sufrido el ascendiente de este espíritu, al par impetuoso, penetrante y cáustico. Algunos años ántes había recibido una visita suya, y en esta ocasion le había prodigado todas las señas de estimacion: le había conferido el título de visir, con el sueldo anejo á esta dignidad; había hecho inscribir á todos los de su comitiva en la nómina de las oficinas militares, y en fin, no le dejó ir sino despues de haberle indemnizado ámpliamen-

te de sus gastos de viaje y de sus regalos. Pero nada de esto había conmovido á Ziri. De vuelta en la ribera africana, se puso la mano en la cabeza diciendo: «Solo ahora sé que tú me perteneces todavía!» Y habiéndole llamado uno de los suyos «señor visir:» «Señor visir, exclamó, vete al diablo con tu señor visir! «Emir, hijo de emir,» ese es mi título! Bien tacaño ha sido para mi Ibn-Abí-Amir! En lugar de darme buena monedas contantes y sonantes me me ha cargado con un título que me degrada! Vive Dios que no estaría ahora donde está, si en España hubiera algo más que cobardes é imbéciles! Gracias á Dios que estoy ya de vuelta, que no miente el proverbio que dice «que vale mas oír hablar del diablo que verlo.» (1) Habiendo llegado á oídos de Almanzor estas palabras, que á cualquier otro hubieran costado la cabeza, este fingió no escucharlas, y más adelante llegó á nombrar á Ziri virey de toda la Mauritania. Le temía, lo odiaba acaso, pero lo creía sincero y leal. Los sucesos mostraron que se había equivocado: bajo una

(1) Ibn-Khaldun, «Historia de los Berbericos,» t. II, p. 51 del texto; «Cartás,» p. 65.

ruda y franca corteza, Ziri ocultaba mucha astucia y ambicion. Dejóse tentar fácilmente por el dinero que Aurora le prometía y por el papel caballeresco que le destinaba. Iba á libertar á su soberano del yugo de Almanzor, á reserva acaso de imponerle el yugo.

No ignoraba Aurora que era preciso empezar por pagarle, pero gracias á su astucia de muger, ella sabía lo que tenía que hacer para proporcionarse dinero y para hacerlo llegar á su aliado. El tesoro encerraba cerca de seis millones en oro y estaba en el palacio califal. Ella tomó de allí ochenta mil monedas de oro y las metió en un centenar de cántaros y encima echó miel, ajenos y otros licores de uso y habiéndole puesto una etiqueta á cada cántaro, encargó á algunos esclavos que los llevaran fuera de la ciudad á un lugar que ella designó. La astucia le salió bien. El prefecto no cayó en sospecha y dejó pasar á los esclavos con su carga. Así, que, cuando Almanzor llegó á informarse de un modo ó de otro de lo que había pasado, el dinero iba ya camino de Mauritania. Almanzor estaba muy alarmado. Acaso lo hubiera estado menos si hubiera tenido certeza de

que Aurora había sustraído el dinero de su señor, pero todo le inclinaba á creer que ella había sido autorizada por el Califa y si era así, era difícilísima la coyuntura. Sin embargo, era preciso tomar un partido. Almanzor tomó el de reunir los visires, los magistrados, los ulemas y otros personajes notables de la córte y de la ciudad. Habiendo informado á esta reunion de que las damas del serrallo se permitían apoderarse de los fondos de la caja pública, sin que el Califa, enteramente entregado á sus ejercicios de devocion, lo impidiera, pidió autorizacion para traspasar el tesoro á sitio mas seguro. La obtuvo, pero nada adelantó con esto, porque cuando los empleados se presentaron en palacio para llevarse la caja, Aurora se opuso declarando que el Califa había prohibido tocar á ella.

¿Qué hacer entónces? ¿Emplear la violencia? Pero habría que emplearla contra el monarca mismo y si Almanzor se atrevía hasta esto, la capital se levantaría en un cerrar de ojos; estaba dispuesta, no esperaba mas que una señal. La situacion era pues harto peligrosa, sin embargo, no era desesperada; para que lo fuera hubiera sido preciso, primero: que Zirí estuviera ya en

España con su ejército, luego, que el Califa fuera hombre capaz de persistir en una resolución atrevida. Pero Zirí, estaba todavía en África y el Califa era un espíritu inconstante. Almanzor no perdió el ánimo. Jugando el todo por el todo, se proporcionó á escondidas de Aurora una entrevista con el monarca. Le habló y gracias al ascendiente que los espíritus superiores tienen sobre las almas débiles, volvió á encontrarse soberano despues de unos minutos de conversacion. El Califa confesó que no era capaz de gobernar por sí y autorizó al ministro á trasladar el tesoro. Pero el ministro quería más aún. Dijo que para quitar todo pretesto á los mal intencionados, necesitaba una declaración escrita, una declaración solemne. El Califa le prometió firmar todo lo que quisiera y entónces Almanzor, sin levantar mano, hizo redactar un acta por la cual Hixem le abandonaba como ántes la direccion de los negocios. El Califa puso en ella su firma en presencia de muchos notables que la firmaron tambien como testigos, (Febrero ó Marzo de 997) y Almanzor tuvo buen cuidado de dar á este documento importante la mayor publicidad.

Desde entónces, no era ya de temer una rebelion en la capital. ¿Cómo se había de pretender libertar á un cautivo que no quería la libertad? Sin embargo el ministro comprendió que era preciso hacer alguna cosa para contentar al pueblo. Como gritaban de contínuo que querian ver al monarca, resolvió enseñárselo. Lo hizo montar á caballo, é Hixem paseó las calles de la capital con el cetro en la mano y cubierto con un gorro alto, que solo los Califas tenían derecho de llevar. Lo acompañaban Almanzor y toda la córte. Compacta é innumerable era la multitud que se agolpó á su paso, pero ni por un momento se turbó el orden, ni se escuchó un solo grito sedicioso. (1)

Aurora se declaró vencida. Humillada, agotada, destrozada, fué á buscar en la devocion el olvido de lo pasado, y una compensacion á la pérdida de sus esperanzas. (2)

(1) Maccari, t. II, p. 64; Ibn-Khaldun, «Historia de los «Berberiscos,» t. III. p. 243, 244; «Cartás,» p. 65, 66; Ibn-al-Abbar en mis «Recherches,» t. I, p. 27; de la primera edicion.

(2) Véanse los últimos versos de la Elegía de Ibn-Darradj Castalli acerca de la muerte de Au-

Quedaba Ziri. Este se había hecho menos temible desde que no podía contar ni con el apoyo del Califa, ni con los subsidios de Aurora. Así, que, Almanzor no guardó ninguna consideración con él. Lo declaró fuera de la ley y encargó á su libertado Wadhíh de ir á combatirle al frente de un excelente ejército que puso á sus órdenes. (1)

Hubiérase podido creerse que Almanzor no emprendería ninguna otra guerra hasta que hubiera terminado la de la Mauritania. Pero no lo hizo así. El ministro tenía ya concertada con los condes leoneses, que eran vasallos suyos, una gran expedición contra Bermudo, que contando, acaso demasiado, con la diversion que la rebelion de Ziri había de hacer en favor suyo, se había atrevido á rehusar el tributo, y aunque habían cambiado las circunstancias no había renunciado á su proyecto. Acaso, quería mostrar á Ziri, á Bermudo y á todos sus enemigos declarados ó encubiertos, que era bastante poderoso para emprender dos

rorá, «apud» Thaalibi «Yetima» man. do Oxford, Seld. A. 16 y Marsh. 99.

(1) Ibn-Kbaldun y «Cartas ubi supra.»

guerras á la par, y si tal fué su intencion no había presumido demasiado de sus fuerzas, pues ha querido el destino que la campaña que iba á hacer, la de Santiago de Compostela, haya quedado como la más célebre de todas las que hizo en su larga carrera de conquistador.

Á escepcion de la ciudad eterna, no había en toda Europa, lugar tan famoso por su santidad, como Santiago de Galicia. Y sin embargo, su reputacion no era muy antigua, no databa mas que de los tiempos de Carlomagno. En esta época, se dice que muchas personas piadosas informaron á Teodomiro, obispo de Iria (hoy el Padron) que habían visto durante la noche luces estrañas en un bosquecillo y que tambien habían oido una música deliciosa que nada tenía de humana. Creyendo enseguida en un milagro, el obispo se preparó á justificarlo, ayunando y orando durante tres dias, y habiendo ido despues al bosquecillo encontró allí una tumba de mármol. Inspirado por la sabiduría divina, declaró que era el del apóstol Santiago, hijo de Zebedeo, que segun la tradicion había predicado en España el Evangelio y añadió que, cuando este apóstol fué decapitado en Jerusalem,

sus discípulos trajeron su cuerpo á Galicia, donde lo enterraron. En otro tiempo semejantes aserciones acaso hubieran sido disputadas, pero en esta época de fé sencilla nadie tenía el atrevimiento de suscitar dudas irrespetuosas cuando hablaba el clero, y aun dado caso que hubiera habido incrédulos, la autoridad del Papa Leon III, que declaró solemnemente que el sepulcro en cuestion era de Santiago, hubiera hecho enmudecer todas las objeciones. La opinion de Teodomiro fué pues acatada y todos en Galicia se regocijaron de que su país poseyera las reliquias de un apóstol. Alfonso II, quiso que el obispo de Iria residiese en adelante en el lugar en que había sido descubierto el sepulcro y sobre él hizo contruir una Iglesia. Más adelante, Alfonso III, hizo edificar otra mas grande y mas hermosa que pronto adquirió gran fama por los numerosos milagros que se verificaban en ella; de modo que al fin del siglo X, Santiago de Compostela era el lugar de una peregrinacion famosísima á donde acudían de todas partes; de Francia, de Italia, de Alemania y hasta de los países mas apartados del Oriente. (1)

(1) Véase Florez, «Esp. Sagr.» t. III, y XIX y

También en Andalucía tenía todo el mundo noticias de Santiago y de su soberbia Iglesia, que para servirnos de las espresiones de un autor arábigo, era para los Cristianos lo que para los Musulmanes la Cava de la Meca, pero no se conocía este santo lugar mas que por su reputacion; para haberlo visto, era preciso haber estado cautivo entre los Gallegos, pues á ningun príncipe árabe se le habia ocurrido todaviá la idea de penetrar con un ejército en este pais lejano y de difícil acceso. Pero lo que nadie habia intentado, Almanzor resolvió hacerlo; quería demostrar que lo que era imposible para otros no lo era para él y tenía la ambicion de destruir el santuario mas venerado de los enemigos del Islamismo, el santuario del apóstol que segun la creencia de los Leoneses, habia combatido algunas veces en sus filas. El sábado 3 de Julio del año 997, salió de Córdoba á la cabeza de la caballería. Se dirigió primero á Coria, luego á Viseo (1) donde se le reu-

compárese con Ibn-Adhari, t. II, p. 216 317 y 318.

(1) El texto que seguimos pone aquí: «Medina-Galicia,» es decir, «la capital de Galicia.» La palabra «Galicia» tiene aquí un sentido muy restringido, designando la provincia portuguesa que lleva hoy el nombre de Beira. Esta provincia habia sido á veces

nieron gran número de condes sometidos á su autoridad y despues á Oporto, donde le esperaba una flota que había salido del puerto de Cazr-Abi-Danis, (hoy Alcacer do Sal en Portugal.) En esta flota venía la infantería á la que el ministro había querido escusar tan larga jornada y que venía cargada tambien de armas y provisiones. Sus bajeles colocados en fila sirvieron además de puente al ejército para pasar el Duero.

Como el país situado entre este rio y el Miño pertenecía á los condes aliados, (1) los Musulmanes pudieron atravesarlo sin tener que vencer mas obstáculos que los que les oponía el terreno. Entre estos había una montaña muy elevada y de difícil acceso pero Almanzor hizo abrir un camino por sus minadores. (2)

Despues de haber pasado el Miño se encontró en un país enemigo. Desde entón-

reino aparte y Viseo su capital. Véanse mis «Recherches,» t. I, p, 163, 164.

(1) Ibn-Adhari, nombra en esta provincia un distrito que se llama Valadares. Este distrito se encuentra nombrado así tambien en una carta de 1156, publicada en la «Esp. Sagr.,» t. XXII, página 275.

(2) Ibn-Adhari, t, II, p. 316-318.

ces era preciso mantenerse alerta, tanto más cuanto que los Leoneses que iban en ejército, no parecían muy bien dispuestos. Su conciencia, por tanto tiempo adormecida se despertó de pronto á la idea de que iban á cometer un gran sacrilegio, y acaso hubieran conseguido malograr la expedición, si Almanzor, que se olió sus proyectos, no los hubiera desbaratado á tiempo. Hé aquí lo que se cuenta sobre este asunto:

Érase una noche fría y lluviosa, cuando Almanzor mandó llamar á un caballero musulmán en quien tenía confianza: «Es preciso, le dijo, que vayas en seguida al desfiladero de Taliáres. (1) Ponte allí de centinela, y tráeme al primero que veas.» El caballero se puso en seguida en camino, pero habiendo llegado al desfiladero, esperó toda la noche, maldiciendo el mal tiempo, sin que apareciera alma viviente, y ya apuntaba la aurora, cuando vió al fin llegar por el camino del campamento un viejo montado en un burro, que parecía un

(1) Resulta de una carta de Bermudo II, publicada en la «Esp. Sagr.» (t. XIX, p. 318,) que este desfiladero se hallaba en las riberas del Miño.

leñador, porque traía las herramientas de su oficio. El caballero le preguntó á dónde iba. «Voy á cortar leña en el monte,» le respondió él. El soldado no sabía qué hacerse. ¿Sería ese el hombre, el que tenía que llevar al general? No era probable; porque, para qué podía querer el general á un pobre viejo que parecía tener que ganarse la vida con tanta fatiga? Así, que el soldado le dejó seguir su camino; pero un momento despues volvió sobre sí. Almanzor le había dado una orden precisa y creyó peligroso desobedecerle. Poniendo espuelas al caballo, alcanzó al viejo, y le dijo: «Es preciso que te lleve ante mi señor Almanzor. — ¿Qué tiene que decir Almanzor á un hombre como yo? le replicó el otro. Dejadme ganar el pan. — Nó, le respondió el soldado; has de acompañarme, quieras ó nó. El otro tuvo que obedecer, y juntos emprendieron el camino del campamento.

El ministro, que no se había acostado todavía, no manifestó ninguna sorpresa á la vista del viejo, y dirigiéndose á sus sirvientes esclavos, les dijo: «Registrad á ese hombre.» Los esclavos ejecutaron esta orden, pero sin que encontraran nada que pudiera parecer sospechoso. «Registrad ahora

el aparejo del burro,» continuó Almanzor. Y esta vez sus sospechas no eran infundadas, porque se encontró en el aparejo una carta que algunos de los Leoneses del ejército musulman escribían á sus compatriotas, dándoles noticias de que cierta parte del campamento estaba mal guardada, de modo que podrian atacarla con buen éxito. Habiendo descubierto por este mensaje el nombre de los traidores, Almanzor hizo en seguida cortarles las cabezas, como tambien al supuesto leñador, que los había servido de intermediario. (1) Esta medida enérgica produjo sus resultados. Intimidados con la severidad del general, los demás Leoneses no se atrevieron á mantener inteligencias con el enemigo.

Habiéndose vuelto á poner el ejército en camino, se precipitó como un torrente en el llano. El monasterio de San Cosme y San Damian, (2) fué saqueado; la fortaleza de

(1) Ibn-Haiyan, «apud.» Ibn-Adhari, t. II, página 312. Las palabras «ibn-babi'z-Zahira,» parecen haber sido añadidas por Ibn-Adhari.

(2) El monasterio se hallaba en la sierra que hay entre Bayona y Tuy, recibió más adelante el nombre de San Colmado. Véase á Sandoval, «Antigüedades de Tuy,» p. 120.

San Payo, tomada por asalto. Como gran número de habitantes del país se hubieran refugiado en la mayor de las dos islas, ó mas bien, de las dos rocas poco elevadas que hay en la bahía de Vigo, los Musulmanes que habian descubierto un vado, pasaron á esta isla y los despojaron de todo lo que habian llevado consigo. Pasaron en seguida el Ulla, saquearon y destruyeron á Iria (el Padron) que era tambien un famoso lugar de peregrinacion, lo mismo que Santiago de Compostela, y el 11 de Agosto, llegaron por fin á esta última ciudad. Halláronla desierta de habitantes, habiendo huido todo el mundo á la aproximacion del enemigo. Tan solo un anciano monge, había quedado al lado del sepulcro del Apóstol. «¿Qué haces ahí?» le preguntó Almanzor. «Rezo á Santiago,» le contestó el viejo. «Reza todo lo que quieras,» le dijo entónces el ministro, y prohibió que le hicieran daño.

Almanzor puso una guardia á la tumba de modo que quedó al abrigo del furor de los soldados, pero toda la ciudad fué destruida, lo mismo las murallas y las casas que la iglesia, la que dice un autor arábigo «fué arrasada de modo, que nadie hubiera

sospechado que existía la víspera.» Los alrededores fueron devastados por tropas ligeras que llegaron hasta San Cosme de Mayanca, (cerca de la Coruña.)

Habiendo pasado una semana en Santiago, Almanzor ordenó la retirada, dirigiéndose á Lamego. (1) Cuando llegó á esta ciudad, se despidió de los condes aliados, despues de haberles hecho grandes regalos, que consistian principalmente telas preciosas.

Tambien fué desde Lamego, desde donde dirigió á la córte una relacion detallada de esta campaña, de cuya relacion los autores arábigos nos han conservado la sustancia, quizá las palabras mismas. (2) Hizo en seguida su entrada en Córdoba, acompañado de multitud de prisioneros cristianos, que llevaban acuestas las puertas de la ciudad

(1) «Malego» en Ibn-Adhari. Los árabes han trastrocado así las letras de este nombre propio.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 318 y 319. Lo que se lee respecto á esta expedicion en la «Hist. Compost.» (L. I, c. 2 párrafo 8) es inesacto. Rodrigo Velazquez, que segun esta crónica, era uno de los aliados de Almanzor, había muerto diez y nueve años ántes. Véase «Esp. Sagr.,» t. XIX, p. 166, 169. Sobre las relaciones de las crónicas latinas en general, pueden verse mis «Recherches,» t. I, p. 217 y sig.

de Santiago y las campanas de su iglesia. Las puertas fueron colocadas en el techo de la mezquita, que aun no estaba acabada, (1) y las campanas fueron colgadas en el mismo edificio para servir de lámparas. (2) ¡Quién había de decir entónces que había de llegar un día en que un rey cristiano las hiciera devolver á Galicia á hombros de cautivos musulmanes!

En Mauritania, las armas de Almanzor habian sido menos felices. Verdad es, que Wadhíh había conseguido al pronto algunas ventajas: habiéndose apoderado de Arcilla y de Necur, logró sorprender de noche el campo de Zirí, y matarle mucha gente; pero pronto le volvió la espalda la fortuna y batido á su vez, se había visto obligado á refugiarse en Tánger, desde donde escribió al ministro pidiéndole socorros.

No tardó en recibirlos. Desde que tuvo carta de su teniente, Almanzor envió orden á gran número de cuerpos de dirigirse á Algeciras á donde él mismo fué en persona

(1) Ibn-Khaldun en mis «Recherches,» t. I, página 109.

(2) Maccari, II, p. 116. Rodrigo de Toledo, L. V c. 16: Lucas de Tuy, «in fine.»

para apresurar su embarque. Luego, su hijo Abdelmelic-Mudhaffar, á quien había confiado el mando de la expedición, pasó el Estrecho con un ejército escojido. Desembarcó en Céuta, y la noticia de su llegada produjo un efecto excelente, pues la mayor parte de los príncipes berberiscos, que hasta entónces habían sostenido á Zirí, se apresuraron á alistarse en sus banderas. Habiéndose unido con Wadhid, se puso en marcha, y no tardó en descubrir el ejército de Zirí que venía á su encuentro. Dióse la batalla en el mes de Octubre de 998; duró desde el amanecer hasta el anochecher, y fué extraordinariamente encarnizada. Hubo un momento en que los soldados de Mudhaffar comenzaban á temer una derrota, pero en este mismo momento, Zirí recibió tres puñaladas de un negro, á cuyo hermano había muerto, y que corrió enseguida á rienda suelta á dar esta noticia á Mudhaffar. Como el estandarte de Zirí estaba todavía enhiesto, el príncipe trató al principio al tráfuga de embustero, pero cuando supo la verdad de lo sucedido, cargó al enemigo y lo puso en completa derrota.

Desde entónces concluyó el poder de Zi-

ri. Sus estados volvieron todos á poder de los Andaluces, y poco despues, en el año de 1001, murió á consecuencia de las heridas que el negro le había hecho, y que se le volvieron á abrir.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERÍA DE CULTURA

(1) Ibn-Khaldun, «Historia de los Berberberis-
cos,» t. III, p. 244-248, «Cartás,» p. 66, 67.

XII.

La carrera de Almanzor tocaba á su fin. En la primavera de 1002, hizo su última expedición. Él había deseado siempre morir en campaña y estaba tan convencido de que se cumplirían sus votos, que llevaba siempre consigo la mortaja. Esta había sido cosida por sus hijas y para comprarla no había empleado más dinero que el que procedía de las tierras de su antiguo castillo de Torrox, pues que lo quería puro de toda mancha y según su propia opinión, el que le producían sus numerosos empleos no lo estaba. Á medida que envejecía se iba haciendo más devoto y como el Corán dice que Dios preservará del fue-

go á aquellos cuyos pies se hayan cubierto de polvo en el camino del Señor (en la guerra Santa), había tomado la costumbre de hacer sacudir con cuidado, cada vez que llegaba al alojamiento, el polvo que llevaban sus vestidos y de guardarlo en una caja hecha espresamente, y quería que cuando lanzára su último aliento, se cubriera su tumba con este polvo, estando persuadido de que las fatigas, que había sufrido en la guerra Santa serían su mejor justificación ante el tribunal supremo. (1)

Su última expedición, que fué dirigida contra Castilla, fué tan feliz como todas las precedentes. (a) Penetró hasta Canales (2) y destruyó el monasterio de San Millán, patrono de Castilla; como había destruido cinco años antes la iglesia del patrono de Galicia.

Á la vuelta conoció que se agrababa su enfermedad. Desconfiando de los médicos que no estaban de acuerdo sobre su natu-

(1) Ibn-Adharí, t. II, p. 310.

(a) Véase la nota C al fin de este tomo.

(2) En la Rioja, nueve leguas al S. de Nájera.

raleza, ni sobre el plan de curacion que debía seguirse, rehusó obstinadamente los auxilios del arte y estaba plenamente convencido de que no se podía curar. No pudiendo ya tenerse á caballo, se hacía llevar en una litera. Padeecía horriblemente. «Veinte mil soldados, decía, están incritos en mis banderas, pero ninguno entre ellos es tan miserable como yo.»

Llevado así á hombros, durante catorce dias, llegó en fin á Medinaceli. Un solo pensamiento le ocupaba. Habiendo estado siempre su autoridad disputada y vacilante á á despecho de sus numerosas victorias y de su grande fama, temía que despues de su muerte estallara la revolucion y quitara el poder á su familia. Atormentado sin descanso por esta idea, que emponzoñaba sus últimos dias, mandó venir á su primogénito Abdelmelic al lado de la cama y dándole sus últimas instrucciones, le recomendó confiara el mando del ejército á su hermano Abderramen y se volviera sin tardanza á la capital, donde debería tomar las riendas del poder y estar pronto á reprimir inmediatamente toda tentativa de insurreccion. Prometióle Abdelmelic seguir sus consejos, pero tal era la inquietud de Almanzor que volvía álla-

mar á su hijo cada vez que éste, creyendo que su padre había acabado de hablar iba á retirarse; el moribundo temía siempre haber olvidado algo y siempre hallaba un nuevo consejo que añadir á los que le había dado ya. Lloraba el jóven, pero el padre le reprendía su sentimiento como signo de debilidad. Cuando Abdelmelic se marchó se encontró Almanzor un poco mejor y mandó venir á sus capitanes. Estos, apenas le conocieron; estaba tan delgado y tan pálido que parecía un espectro y había perdido casi enteramente el uso de la palabra. Parte por gestos, parte por frases entrecortadas se despidió de ellos y poco tiempo despues, en la noche del 10 de Agosto exhaló su último aliento. (1) Fué enterrado en Medinaceli y grabaron sobre su tumba estos dos versos:

Las huellas que ha dejado en la tierra te enseñarán su historia como si lo vieras con tus mismos ojos.

Por Allah! que jamás los tiempos traerán

(1) Maccari, t. II, p. 65; Ibn-al-Abbar, p. 151; Ibn-al-Khatib, artículo sobre Almanzor, man. G. fólio 181^v.

otro que se le parezca, ni que como él defienda nuestras fronteras. (1)

El epitafio que un monje cristiano le puso en su crónica no es menos característico. «En el año de 1002, dice, murió Almanzor y fué enterrado en los infiernos.» (2) Estas sencillas palabras arrancadas por el ódio á un enemigo aterrado, dicen mas que los elogios mas pomposos.

En efecto, nunca los cristianos del Norte de la península, habían tenido que combatir un adversario semejante. Almanzor había hecho contra ellos mas de cincuenta campañas, (por lo comun, hacia dos anualmente, una en la Primavera y otra en el Otoño) de que siempre había salido con gloria. Sin contar una multitud de ciudades, entre las que se contaban tres capitales Leon, Pamplona (3) y Barcelona, había destruido el santuario del patron de Galicia y el del patron de Castilla. «En este tiempo, dice un cronista cristiano, (4) el culto divino esta-

(1) Maccari, t. I, p. 259.

(2) «Chron. Burgense,» p. 309.

(3) Carta de 1027, Llorente, t. III, p. 355. ■

(4) Mon. Sil. c. 72.

ba anonadado en España; la gloria de los servidores de Cristo, completamente abatida; los tesoros de la Iglesia acumulados durante tantos siglos, fueron robados.» Así, que los cristianos temblaban á su nombre. El miedo que les inspiraba, lo sacó muchas veces de los peligros en que lo había precipitado su audacia y hasta, cuando por decirlo así, lo tenían en su poder, no se atrevían á aprovecharse de sus ventajas. Por ejemplo; una vez se había metido en país enemigo despues de haber atravesado un desfiladero encerrado entre dos altos montes. Mientras que sus tropas, saqueaban y destruian á diestro y siniestro, los Cristianos no se atrevieron á hacer nada contra ellas, pero al volver sobre sus pasos, vió Almanzor que los enemigos habían tomado posesion del desfiladero. Como no había modo de forzarlo, la situacion de los Musulmanes era peligrosa, pero su general tomó al punto una atrevida resolucion. Habiendo buscado y encontrado un lugar conveniente, hizo construir barracas y chozas y, mandando cortar la cabeza á muchos cautivos, amontonar sus cadáveres á guisa de murallas. Luego, como su caballería recorriera el país sin encontrar

viveres, reunió instrumentos de labranza é indujo á sus soldados á que cultivasen la tierra. Los enemigos se inquietaban mucho con estos preparativos, que parecían indicar que los Musulmanes no pensaban dejar el país. Les ofrecieron pues, la paz á condicion de que les entregaran el botin. Almanzor rechazó esta proposicion. «Mis soldados, les contestó, desean quedarse donde están porque piensan que apenas tendrian tiempo de volver á sus casas, debiendo comenzarse dentro de poco la próxima campaña.» Despues de muchas negociaciones, los Cristianos consintieron al cabo, en que Almanzor se llevara su botin, comprometiéndose además, tan grande era el miedo que les inspiraba, á prestarle sus caballerías para transportarlo, á suministrarle viveres hasta que llegara á la frontera musulmana y á quitar ellos mismos los cadáveres que obstruían el camino. (1)

En otra campaña, un abanderado había abandonado en el momento de la retirada su estandarte, que había clavado en el

(1). Maceari t. II, p. 392. Compárese con Rodrigo de Toledo, «Hist. Arabum» c. 31.

suelo, en la cumbre de una montaña, vecina á una ciudad cristiana. El estandarte permaneció allí muchos dias sin que los Cristianos se atrevieran á venir á ver si los Musulmanes se habian marchado ó nó. (1)

Cuéntase tambien, que un mensajero de Almanzor que había ido á la córte de García de Navarra, donde fué colmado de honores, halló en una iglesia una vieja musulmana que le refirió, que habiendo sido hecha prisionera en su juventud, estaba desde entónces de esclava en esta iglesia, suplicándole llamara sobre ella la atencion de Almanzor. Prometióselo él, y volvió cerca del ministro, y le dió cuenta de su mision. Cuando acabó de hablar, Almanzor le preguntó si nó había visto en Navarra nada que le hubiera disgustado. El otro le habló entónces de la esclava musulmana: «¡Vive Dios! exclamó Almanzor, que por ahí es por donde debieras haber comenzado!» y poniéndose en seguida en campaña, se dirigió á la frontera de Navarra. Asustadísimo García, le escribió en

(1) Maccari, t, I, p. 362.

seguida para preguntarle qué delito había cometido, pues á él no le remordía la conciencia de haber hecho nada que pudiera provocar su cólera. «Qué! dijo entonces el ministro á los mensajeros que le traían esta carta; ¿no me juró que no quedaba en su país ningún prisionero de uno ni otro sexo? Pues bien! mintió; porque yo tengo seguridad de que hay todavía una musulmana en tal iglesia, y no he de abandonar á Navarra ántes que la ponga en mis manos.» Habiendo recibido esta respuesta, García se apresuró á enviar al ministro la mujer que reclamaba, así como otras dos que había descubierto, á fuerza de pesquisas. Al mismo tiempo le juró que nunca había visto ni oído hablar de estas mujeres, añadiendo que ya había mandado destruir la iglesia de que Almanzor hablaba. (1)

Almanzor era el terror de sus enemigos, pero era también el ídolo de sus soldados, porque para ellos era un padre que se ocupaba con constante solicitud de satisfacer todas sus necesidades. Sin embargo, mos-

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 330, 331.

traba una excesiva severidad en todo lo concerniente á la disciplina militar. Un día que revistaba tropas, vió brillar estemporáneamente una espada á la estremidad de la línea. En seguida hizo traer ante sí al culpable. «¡Qué! le dijo con los ojos inflamados de cólera, ¿te atreves á sacar la espada sin que te se mande?»—Quería enseñarla á mis compañeros, balbuceó el soldado: no tenía intencion de sacarla de la váina, se ha salido por casualidad...—¡Escusas! dijo Almanzor, y dirigiéndose á su escolta prosiguió: ¡Que corten la cabeza á ese hombre con su propia espada y que la paseen á través de las filas á fin de que todos aprendan á respetar la disciplina!» Tales ejemplos, difundían entre los soldados un terror saludable. Así, que, cuando se pasaba revista, se guardaba un silencio slemne. Hasta los caballos, dice un autor árabe, parecían entender sus deberes, pues era muy raro que se les oyera relinchar. (1) Gracias á este ejército que había creado y acostumbrado á la obediencia, Almanzor había dado á la España musulma-

(1) Maccari, t. I, p. 274.

na un poder que no tuvo nunca, ni aun en tiempo de Abderramen III. Pero no era este su único mérito; su patria le debe otras obligaciones, y la civilizacion tambien. Amaba y animaba la cultura de la inteligencia, y aunque obligado por consideraciones políticas á no tolerar los filósofos, se complacía sin embargo en protegerlos hasta donde podía, sin herir la susceptibilidad del clero. Sucedió, por ejemplo, que un tal Ibn-az-Sonbosí fué detenido y puesto en prision como sospechoso de incredulidad. Habiendo atestiguado contra él muchas personas, los faquíes declararon que merecía el último suplicio. Esta sentencia estaba ya á punto de ser ejecutada, cuando un faquí muy considerado, In-al-Maewa, que había rehusado mucho tiempo formar parte de la asamblea, llegó á toda prisa. A fuerza de sofismas, muy raos, pero que honran, si nó á su lógica, á su buen corazon al menos, consiguió hacer revocar la sentencia que condenaba al acuado, apesar de la vehemente oposicion de Cadí que presidía el tribunal. Desde entónes la cólera del ministro se tornó contra este último. Contento de hallar por fin ocasion de poner freno al feróz fanatismo de los mo-

gigatos, dijo: «Nosotros debemos mantener la religion y todos los verdaderos creyentes tienen derecho á que los protejamos. Ibn-az-Sonbosí, pertenece á este número, así lo ha declarado el tribunal. Sin embargo, el Cadí ha hecho esfuerzos inauditos para hacer que lo condenen; es pues, un hombre sanguinario, y no podemos dejar vivir á un hombre semejante.» Esto no era mas que una amenaza; el Cadí pagó con algunos dias de prision, pero es de presumir que en adelante fuera algo menos riguroso con los pobres pensadores que se atrevían á emanciparse de los dogmas recibidos. (1)

Los literatos hallaban en Almanzor la mas honrosa acogida, tenía en su córte una multitud de poetas pensionados y que á veces le acompañaban en sus expediciones. Entre ellos, Zaid de Bagdad era no el mas ilustre, pero sí el más notable y divertido. No se puede negar—aunque los Andaluces siempre estremadamente celosos de los estrangeros se complazcan en hacerlo—no se

(1) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 257-260.

puede negar, que fuera un poeta de talento, un buen novelista, un hábil improvisador, pero era al mismo tiempo el hombre que tenía menos respeto á la verdad, el impostor mas atrevido que puede imaginarse. Una vez lanzado nada le detenía, inventaba tantas cosas que era maravilla. Cuando se le pedía que explicára una palabra que no había existido nunca, siempre tenía una interpretacion que dar y un verso de un antiguo poeta que citar. Á creerlo, no había libro que no hubiera leído. Queriendo desenmascararlo, los literatos le enseñaron un día á presencia de Almanzor, un libro en blanco en cuya primera hoja habían escrito: Libro sobre los pensamientos ingeniosos, por Abu-'l-Ghauth Zanani. No había habido nunca ni semejante obra, ni semejante autor, sin embargo, desde que echó una ojeada al título: «¡Ah! yo he leído este libro» exclamó, besándolo con respeto, nombró á la ciudad donde lo había leído y el profesor que se lo había explicado. «En este caso, le dijo entónces el ministro, que se apresuró á quitarle el libro de la mano por miedo de que lo abriera, tu debes saber lo que contiene. Seguramente que lo sé. Verdad es que hace mucho tiempo que leí